

Por JOAQUIN ADURIZ, S. J.

libertad creadora y control de expresión

• PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION

UNA obra artística divulgada en un grupo social, reviste inevitablemente una doble significación: por su origen es expresión de la personalidad creadora del artista; por su difusión se convierte en fermento social modelador de las estructuras existentes.

Considerada exclusivamente en su primera significación —expresión personal de un ser humano— es fácil comprender la ilicitud de todo intento de control coactivo en su génesis y en su desarrollo. En el ámbito de lo puramente personal no existe legítimamente ningún control excepto el de la propia conciencia libremente asumida. Toda otra intervención constituye un atentado a derechos inalienables de la persona, y esconde en germen la amenaza de un sistema totalitario, que por lógica intrínseca termina ahogando toda posibilidad de autodeterminación.

Pero la situación es diversa cuando se la considera en cuanto realidad cultural injertada en el contexto de la vida de una comunidad. Bajo este aspecto la obra

de arte deja de pertenecer al ámbito exclusivo de la autodeterminación personal, y penetra en el reino de las interdependencias que vinculan lo personal con el destino colectivo, transformándose en un conjunto de símbolos cargados emocionalmente y orientados ideológicamente. En consecuencia comienza a actuar en el medio estimulando por conformidad o disconformidad, una reacción imprevisible la mayoría de las veces en su alcance, pero inevitable como hecho. Jamás las cosas podrán ser como hubieran sido si la obra no se hubiera divulgado.

El mismo valor estético de la obra no hace sino acentuar la intensidad de su eficacia reactiva. Los elementos de sintonía irracional subyacentes a la emoción artística, paralizan los recursos de crítica personal; y la abstracción intrínseca a la creación artística deja una sensación de totalidad existencial, que disimula la complejidad que en la realidad acompaña a los hechos pretendidamente reflejados.

Esta reducción de la capacidad crítica y esta retracción del panorama real, convierten sociológicamente la expresión en presión ambiental prácticamente condicionante.

Como es obvio un condicionamiento del comportamiento social no es por definición malsano. Si un conjunto ha de actuar como conjunto, requiere condicionamientos. Un sistema de educación, un código normativo, un conjunto de convenciones básicas, una tradición, un lenguaje, la especificación cultural, son todos elementos condicionantes y en sí mismos benéficos de una identidad comunitaria.

Pero también es obvio que no cualquier manera de condicionamiento social es po-

sitiva. Y es aquí donde surge el problema en relación con la expresión artística: ¿la libre expresión artística como condicionamiento social es benéfica o dañosa?, ¿qué órgano debe determinar el carácter positivo o negativo de su influjo?, ¿en qué medida y con qué criterio puede intervenir reduciendo la libre expresión del artista?

• EL PUBLICO

El acceso prácticamente universal a todos a las obras divulgadas es una característica del mundo moderno. La facilidad de comunicación ha roto las barreras y los filtros que antaño limitaban los diferentes medios culturales. La polarización creciente que determinados centros político-económicos ejercen en medios más débiles, arrastra un auditorio universal, curioso por conocer los sistemas culturales aparentemente consagrados por el éxito. La propaganda interesada en un público lo más amplio posible, estimula artificialmente la curiosidad y amplía indiscriminadamente el alcance inicial de la obra.

Este público universalizado está compuesto por estratos plurivalente en la capacidad de asimilación e interpretación. Plurivalentes dentro de un mismo individuo, según el carácter de cada obra: en razón de la enorme especialización cultural contemporánea ya no existe el genio universal que en otras épocas abarcaba con su saber la totalidad de los conocimientos humanos. Hoy, por necesidad, cada hombre confina sus esfuerzos a ciertos dominios precisos más allá de cuyas fronteras pierde su calidad de hombre cultivado para convertirse en simple ignorante, con frecuencia tan inconscien-

te de su ignorancia como si jamás hubiera conocido nada verdaderamente. Con el agravante de que el estado de espíritu del hombre moderno ante gran parte de la producción artística es ya desde el principio no estético: en infinidad de casos artísticos es un medio más de diversión o descanso, en esos momentos en que se busca precisamente dejar de pensar y relajarse pasivamente frente a un espectáculo real o imaginario en un pleno abandono emocional.

La recepción universalizada de la obra artística se convierte así en una reacción "masificada" del público. Salvo el caso de unos pocos especialistas, en determinados casos particulares, la inmensa mayoría del público asume pasivamente lo que se les presenta y sufre ciegamente los impulsos inconcientes que despierta.

En síntesis, las características de audiencia con que se encuentra una obra de arte contemporáneo, reflejan las características de un proceso generalizado en la composición de la sociedad de hoy. La antítesis "élite-masa", válida tal vez en épocas precedentes, carece de vigencia en la actualidad. Ya no hay monopolio de las formas de cultura en manos de una reducida minoría ("élite"), ni tampoco multitudes bloqueadas por situación original en un infradesarrollo cultural irremediable ("masa"). La especialización ha difuminado los límites de la masa relativizando al mismo tiempo el alcance de las élites. El "especialista" pertenece a una élite sólo en el estrecho campo de su especialización, mientras que en los demás campos es un miembro más de la masa. El "masificado" no está excluido del movimiento general de cultura por incapacidad de acceso a sus fuentes, sino que se encuentra enfrentado con

resultados globales procedentes de diversas especialidades sin los medios adecuados para calibrar el valor de esos resultados.

Lo típico del público contemporáneo es así paradójicamente una abertura indefinida a la expresión artística amalgamada con una imposibilidad generalizada de crítica.

● EDUCACION COMPENSADORA

En un orden ideal el equilibrio entre obra y público se lograría mediante una promoción generalizada del público mismo, educando su capacidad de crítica.

La naturaleza del proceso especialización-masificación señala este camino de superación. La nueva masa cultural, con su típica apertura universal a los resultados de la cultura, es una masa en vías de desmasificación. Los resultados culturales asumidos amplían el horizonte de su visión cósmica y humana proveyéndola, en consecuencia, de la conciencia profundizada que se requiere para una más plena personalización. En el desarrollo individual encontramos el paralelo de esta trayectoria en la personalización progresiva que transforma al infante en adulto mediante la maduración constante con que la experiencia vivida ahonda su visión de la realidad. Como proceso sociológico la vulgarización de la cultura proyecta a una masa infantilizada en dirección de una sociedad personalizada gracias a la coparticipación en la experiencia adquirida por la humanidad como conjunto.

Pero no hay que olvidar que la experiencia estimulante no se traduce por sí

sola en un acceso a la plenitud personal o colectiva. En la génesis de una personalidad la experiencia solamente es fecunda cuando se vertebra en torno a una correcta jerarquización de valores. Porque el sentido con que un hombre hace emerger su existencia de lo simplemente vivido a lo personalmente orientado se traduce en los valores con que atribuye un índice positivo o negativo a los diversos proyectos que se le ofrecen como posibilidades abiertas en cada momento de decisión. En efecto, ¿cómo podría concretar su liberación de las fuerzas condicionantes que lo arrastran pasivamente sin asumir como horizonte de su acción una escala de valores que le sirva a la vez de centro gravitatorio de su vida y de norma que mida la importancia de lo que elige y rechaza? Sin ese centro y esa norma la experiencia sufrida o participada constituye un mero aluvión de estímulos e inhibiciones donde el ser personal unificante sucumbe a la atomización de los momentos y las coyunturas. También el animal registra, en experiencia, lo individual y lo colectivo, pero no alcanza jamás su personalización porque es incapaz de formar un juicio autónomo de valor: reacciona gregariamente. Para que la vulgarización de la cultura no quede frustrada al nivel de una gregarización humana es requisito absoluto comenzar por una capacitación de la conciencia individual a fin de formarse adecuados juicios de valor. Esta es la tarea de una educación humana.

Desde un punto de vista cristiano, esto constituye la intencionalidad primordial de una educación moral. Una moral cristiana no es un conjunto de tabúes ciegamente injertados en una sociedad sobre

la base de un esquema de reflejos condicionados nacidos bajo la presión de una autoridad coactiva. La moral cristiana constituye la eclosión terminal de la tríada fe, esperanza y caridad, en el contexto de una acción humana concreta. Por eso su punto de partida es un llamado a la libertad del hombre (predicación evangélica) estimulándolo a asumir espontáneamente, como definición de su persona, el proyecto de Dios (fe) con la confianza de que su debilidad será sostenida por la fuerza de Dios (esperanza) y que por eso tiene sentido buscar un gesto perfecto que exprese sin ambigüedades el amor a Dios y el amor al prójimo (caridad). Y en consecuencia su manera característica de orientar la acción es manifestar el valor intrínseco que tiene un gesto, como expresión de amor a Dios y de amor al prójimo. Por eso también es moral de libertad y no de servidumbre, y por eso finalmente la caridad es la síntesis de la plenitud moral.

Estas consideraciones nos conducen a una primera respuesta en el problema que agitamos: el órgano primordial que debe determinar el carácter positivo o negativo del influjo social de una obra artística es la educación de las capacidades inmanentes de personalización en el público masificado. El criterio de su intervención, es el mismo que la rige como educación: llamado a la libre decisión, mediante el adiestramiento en una reflexiva aceptación de los valores radicales de la vida humana.

Pero lograr el equilibrio entre obra y público sólo por este medio es una meta ideal prácticamente inalcanzable en las circunstancias actuales. De hecho el público reacciona, en su conjunto, masifi-

cadamente. Por ello después de subrayar la importancia primordial de la educación valoral tenemos que preguntarnos cómo se puede colmar dentro de las condiciones realmente existentes la distancia entre educación logvable y autodeterminación personal.

• FACTORES DE DISTANCIA

Tratemos de precisar de qué depende esa distancia, porque la visualización precisa de la distancia a cubrir sugerirá, por sí misma, la manera de cubrirla.

Un primer factor de distancia radica en la naturaleza evolutiva del hombre como individuo. Una asunción valoral auténtica presupone una personalidad psicológicamente madura. Y la madurez psicológica se adquiere sólo lentamente a lo largo de años de desarrollo e integración. Un niño, un adolescente, por definición son incapaces de valoración plenamente personal. Esto es lo que codifica cualquier derecho civil exigiendo una tutela sobre el menor, como respaldo de validez para determinados compromisos jurídicos que suponen valores importantes.

Un segundo factor de distancia surge de la amplitud de los conocimientos especializados que se requieren en muchos casos para situarse personalmente ante los planteos ideológicos suscitados por la presentación artística de hechos y tendencias. En tales casos no bastan la adultez y la sensatez para lograr un reflejo autodeterminado.

A esto se añaden los casos en que por mecanismo psicológico la sugestión de los hechos tiende a provocar un reflejo inmediato de acción. La obsesiva presentación de estímulos sexuales o la repetición desequilibrada de estímulos agresivos se

enraíza en un mecanismo de acción ya previamente montado en el inconsciente y lo sobrecarga con una energía suplementaria que puede llegar a convertirlos en tensiones compulsivas, prontos a desencadenarse en el mundo objetivo apenas las circunstancias abran un rumbo.

El poder de sugestión instintiva de este tipo de elementos es todavía mayor cuando recae en un terreno preparado por experiencias o compromisos anteriores. Basta pensar lo que ocurriría con un film antinegro en una población ya agresivamente predispuesta contra cohabitantes negros, o el efecto de una magnífica pieza oratoria inclinando a la represalia en un auditorio emocionalmente inclinado a la revancha por agravios recientes.

Hay que agregar por fin la presión de la propaganda en la orientación interpretativa del público que recibirá el producto artístico. Por ser propaganda actúa por vía de impulsión psicológica y busca un reflejo masivo de aceptación incontrolada. Más de una vez la propaganda desvirtúa el mensaje auténtico de la obra de arte. Pero lo real es que ese mensaje desvirtuado es lo único que será percibido por la mayoría del público destinatario.

• CONTROL POR VIA DE CONCIENCIA

La distancia que separa una responsabilidad en vías de constitución a través de los años de desarrollo debe ser cubierta connaturalmente por la familia, vehículo espontáneo de la integración adulta del individuo humano. La responsabilidad insuficiente del menor ha de ser complementada por el ejercicio responsable del control paternal, que con visión adulta orienta la acción del niño y el adolescente.

El control familiar es peculiar. Sana-mente ejercido es, al mismo tiempo, control de hecho y estímulo en la integración de la experiencia dentro de un aprendizaje progresivo de valoraciones personales. No controla para evitar simplemente resultados; lo hace para capacitar al hombre del mañana a un auto-control que lo sitúe correctamente frente a las solicitaciones diversas de su medio.

Por esta situación peculiar de autoridad orientadora hacia el futuro, la familia constituye el cimiento de la educación a la que nos referimos precedentemente.

En relación con el control familiar se sitúa otro control, también de carácter educativo: el control de la Iglesia y, en general, de los diversos grupos religiosos.

Lo religioso y lo ético se diferencian abstractamente. Mientras lo religioso fundamenta la vida polarizándola en lo divino, lo ético, como tal, estructura la imagen ideal de la acción humana en relación a la plena expansión del hombre. Lo religioso es, por definición, teocéntrico; lo ético antropocéntrico. Pero en la vida humana *concreta*, lo religioso implica, como derivación, la aceptación de una ética. Una ética de carácter religioso, que encuentra su motivación en la voluntad del Dios a quien se adora. Por eso cualquier visión comporta una enseñanza que fija los valores morales en función de la visión del universo que propone como resultado de su teología.

Esta enseñanza moral preceptada por el fiel, al asumir su fe dentro de una determinada confesión, influye, desde ya, en la educación básica con que se forman educativamente las valoraciones del futuro adulto a lo largo de la infancia y la adolescencia, en la medida en que

la autoridad familiar acepta tal confesión como norma de sus propias valoraciones.

Pero no es esta la única manera de control que una Iglesia ejerce sobre la divulgación ideológica y afectiva. Por su carácter de norma absoluta de acción aceptada en dependencia de la aceptación absoluta de Dios, cubre la distancia que separa la capacidad personal de crítica ante planteos ideológicos que suponen una especialización inalcanzable para la generalidad. Mediante valoraciones concretas de los hechos existentes, convierte la capacidad especializada de sus élites en un patrimonio comunitariamente participado.

Familia y confesión religiosa, son elementos necesarios en la educación valoral infantil y adulta, al mismo tiempo que constituyen una barrera a los posibles efectos desfavorables que una imposibilidad de crítica personal arrastraría.

En ambos casos, sin violencia coactiva, por vía de la libre conciencia individual, se obtendría el equilibrio entre la libre expresión artística y la sana reacción colectiva.

• CONTROL DEL ESTADO

Sin embargo, reducir el control a la sola intervención de la familia y de la Iglesia sería insuficiente.

En un mundo pluralista, en que se yuxtaponen las opiniones valorales más divergentes y en que la intercomunicación de las diversas posiciones es inevitable, la acción de la familia y de la Iglesia se encuentra en tensión con el desborde de un influjo ideológico antitético que, en una medida mayor o menor, penetra en la conciencia de sus ambientes. Las técnicas de difusión han alcanzado un volumen tal en la vida contemporá-

nca y dependen de tales presiones ideológicas que, en la práctica, es imposible separar creación artística, opinión y propaganda. Y sin creer en la omnipotencia de estas técnicas, sin embargo hay que admitir su poder capital en la orientación de los fenómenos colectivos.

Este dato positivo reclama la intervención efectiva del Estado en la regulación de la difusión.

Su función no es primordialmente educativa. Es ante todo organizativa y complementaria de las funciones educativas de base que corresponden a la familia y a la conciencia religiosa. Como función organizativa su finalidad precisa es mantener la suficiente solidaridad y comunión de destino en la comunidad política, evitando la creación de conflictos crecientes que lleven a una oposición irreductible, incompatible con la búsqueda de una finalidad histórica idéntica.

También en orden a una organización eficientemente lograda, debe proteger ciertas constantes humanas, sin las cuales el capital psicológico de la nación llegaría a pronta ruina. La integridad familiar, el equilibrio sexual y personal, el aprecio de la solidaridad y el respeto por valores tradicionales que aseguran la homogeneidad de una nación, son parte de este capital.

Como función complementaria de la familia y de la conciencia religiosa debe asegurar, en un orden público, la posibilidad de ejercicio real del control familiar y religioso.

• EL RIESGO DE TIRANIA

La intervención coactiva de la autoridad estatal puede aparentemente entrar

en conflicto con la libertad de expresión del artista. Pero lo que se manifiesta en ese aparente conflicto no es tanto la antítesis de autoridad y libertad, cuanto la vaguedad de la fórmula "libertad de expresión".

Tratemos de ver claro. Libertad en un orden político es ante todo autonomía de la persona. Ser libre es ser capaz de definir sin coacción la propia acción en un mundo en que sea posible orientarse espontáneamente sin ser aplastado. Si una personalidad o un grupo en un medio social, tiene la capacidad de condicionar las opciones colectivas mediante la difusión de sus creaciones, inhibiendo la autodecisión religiosa de cada uno de los individuos o la real autonomía de la autoridad familiar en la educación de su propio ámbito, la pretendida libertad de ese grupo, o de esa personalidad, no es más que una forma de tiranía. Contemporáneamente no se puede hablar de libertad si no se habla al mismo tiempo de liberación comunitaria. La tensión entre personalización y socialización que marca las estructuras sociológicas de hoy, se proyecta en el plano de la expresión como tensión entre creación personal y efectividad masiva. No es legítima una personalización que arranque al individuo de la compleja red de sus responsabilidades sociales. Tampoco es legítima una libertad de expresión que ignore la responsabilidad social de lo expresado.

Paradójicamente el Estado, al condicionar la libre expresión en relación a su previsible incidencia colectiva, resulta garante de la libre expresión de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Es cierto que la Autoridad estatal puede partir de este derecho legítimo de

regulación para justificar una intervención arbitraria e ilimitada en el orden de la expresión. Y es innegable que la tentación de hacerlo asecha al jefe político de hoy con más virulencia que nunca, buscando no tanto convertirse en garante de libertades aseguradas cuanto en detentor de un monopolio exclusivo de conducción. Pero lo que esto demuestra es la necesidad de un orden jurídico claro y preciso que fije el ejercicio de esta atribución, previendo equilibradamente sus abusos. Y no que el ejercicio mismo debe ser denegado a la autoridad estatal, porque un abuso de poder no prueba la ilegitimidad de un uso jurídicamente equilibrado de ese mismo poder. De lo contrario la autoridad civil carecería de toda potestad, ya que cualquier atribución de autoridad puede derivar abusivamente a una forma de tiranía.

La alternativa es esta: una autoridad civil, jurídicamente equilibrada, que controla la expresión para salvaguardar la libre determinación de la comunidad, con el riesgo de un abuso; o una personalidad o grupo de personalidades dueños de una incondicionada libertad de expresión que disponen arbitrariamente de la orientación ideológica de la comunidad sin posibilidad de personalización.

Ante esta alternativa, ha llegado el día de abandonar las fórmulas míticas de un liberalismo abstracto que hizo ya su camino, y aceptar la conciencia de una interdependencia creciente en la socialización, y en la expresión como en el resto de las relaciones sociológicas, *buscar ser todos libres en conjunto, ya que hoy nadie puede seguir siendo libre él solo.*

"La plena libertad de cada uno sólo se alcanza en la libertad de todos".